

con confianza ante el Santísimo Corazón de María para pedirla todas las gracias de que tenemos necesidad? Sí, venid todos á María; venid, justos de la tierra, y su pureza será vuestro modelo, y su bondad será el más firme apoyo de vuestra confianza; venid, pecadores, y encontraréis aquí vuestro refugio, vuestra Abogada, vuestra poderosa Mediadora cerca de Dios. Tened confianza en ese Corazón, quien quiera que seáis; es el más tierno, el más cariñoso, el más compasivo de todos los corazones: os amará, no lo dudéis; hará vuestra alegría en la tierra, y os preparará la felicidad del Cielo. *Amén.*

LADEN.

DISCURSO

PARA EL DÍA 19 DE MAYO.

DEVOCIÓN HACIA LA SANTÍSIMA VIRGEN

PLAN.

PUNTO PRIMERO. — El culto de la Santísima Virgen está fundado en las autoridades más sagradas y más importantes.

SUBDIVISIONES.—1. En la Escritura.—2. En el testimonio de los Apóstoles.—3. En la enseñanza de los Padres y los decretos de los Concilios.

PUNTO SEGUNDO. — El culto de la Santísima Virgen está fundado en los más graves motivos racionales.

SUBDIVISIONES.—1. Motivo de justicia.—2. Motivo de amor.

Beatam me dicent omnes generationes.
Todas las generaciones me aclamarán
bienaventurada.

(Luc., 1, 49.)

No ignoro que aún entre los que se dicen fieles, encuéntranse á veces caracteres soberbios y ciegos que rechazan con desdén la devoción de que es objeto la Madre de Dios, como propia únicamente del pueblo ignorante y crédulo. Por esta razón me veo obligado á tomar vigorosamente la defensa de esta devoción ante una asamblea tan augusta y tan esclarecida, y hacer ver que no hay devoción más sólida, más conforme á los principios del Cristianismo y más digna de las almas grandes y elevadas.

No es á los enemigos de la Religión á quien hoy me dirijo, H. M.; los que blasfeman de Jesucristo tendrían que tomarse demasiado trabajo para comprender la obligación de honrar á su Madre. Me dirijo á los discípulos del Evangelio, á los hijos de la Iglesia que saben adorar y creer; y si entre ellos hay alguno que, desvanecido por los sofismas de ciertos censores temerarios, haya concebido injustas preveniciones contra el culto que tributamos á María, espero despreocuparle en este discurso, y vencerle de que no puede ser excesiva la veneración y el celo que se profese hacia un culto tan santo. ¿Por qué? Porque es un culto que obligan á respetar las autoridades más graves y más sagradas á los ojos de la fe, primer punto: porque es un culto cuya prác-

tica imponen como ley los motivos más apremiantes y más solemnes á los ojos de la razón misma, segundo punto. Tal es el asunto que me propongo desenvolver; asunto que se enlaza con todo lo más grande y más tierno que tiene la Religión, y que no puede menos de interesar vivamente á los corazones sensibles y á las almas cristianas.

¡Oh Virgen, que sois Madre de los hijos de Dios, Reina del Cielo, protectora de los cristianos! yo invoco vuestro santo nombre antes de comenzar esta instrucción, dirigida completamente á vuestro honor. Haced que nuestra palabra produzca los frutos más saludables en las almas que nos escuchan.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

EL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN ESTÁ FUNDADO EN LAS AUTORIDADES MÁS SAGRADAS Y MÁS IMPORTANTES.

Abramos, H. M., el más antiguo de los Libros sagrados, aquel en que se refieren las maravillas de la creación; y juntamente con el origen del mundo, del hombre y de la Religión, encontraremos en él desde la primera página la caída fatal de los autores del género humano, seducidos por la antigua serpiente; y en seguida aquella grande y solemne promesa de un futuro Reparador que, á través de cuatro mil años, venía formando el consuelo y la esperanza de la desgraciada posteridad de Adán. Pero advertid bien en qué términos está concebida esta promesa divina. ¿Se halla en ella olvidada María? Escuchadlo: el Señor dice á la serpiente: *Ait Dominus Deus ad serpentem.* (GEN., III, 14): Porque has obrado así: *Quia fecisti hoc* (GEN., III, 14); ya que por una mujer has introducido el pecado en la tierra, yo te suscitaré por enemiga una mujer: *Inimicitias ponam inter te et mulierem* (GEN., III, 15); ella dará á luz al mundo un Hijo que será el terror de tu raza y el destructor de tu imperio: *Inter semen tuum et semen illius* (GEN., III, 15); y ella es, en fin, quien, arrancándote todo tu veneno, te quebrantará la cabeza: *Ipsa conteret caput tuum.* (GEN., III, 15). Ved, pues, H. M., en el primero de todos los oráculos salidos de boca del mismo Dios, en el que sirve de fundamento de toda la Religión, y del que las demás profecías no serán sinó su desenvolvimiento, á María anunciada y solemnemente prometida al Universo con Jesucristo: *Mulierem... et semen illius.* Ella se presenta con él, á la cabeza del Libro de las revelaciones divinas: *In capite libri scriptum est de me* (PS. XXXIX, 8.—HEBR., X, 7), donde se la describe con los rasgos más tiernos y más augustos, como á la Madre del Libertador que ha de venir, y como á una Reina victoriosa que debe hollar con su planta todas las potencias del infierno; es ofrecida con

cuarenta siglos de anticipación á la esperanza y á los deseos, y por el mismo hecho á la veneración y al amor del género humano.

Escuchad ahora á Isaías profetizando desde más cerca el grande acontecimiento á que está unida la salvación del mundo. ¿Qué ve este Profeta? ¿Cuál es ese prodigio que le llena de asombro y hacia el que reclama toda la atención de la casa de David: *Audite ergo, domus David* (ISA., VII, 13), esa señal que debe dar Dios mismo á su pueblo y en el que debe resplandecer todo su poder? *Dabit Dominus ipse vobis signum?* (ISA., VII, 14). Esa señal, ese prodigio, H. M., es María; María y su virginidad fecunda; María y su maternidad divina. ¡Escucha, oh casa de David...! el mismo Señor te dará una señal; una Virgen concebirá, y parirá un Hijo que será llamado Emmanuel, es decir, Dios con nosotros; será Virgen y Madre de un Dios, *Ecce Virgo concipiet et pariet Filium et vocabitur nomen ejus Emmanuel.* (ISA., VII, 14).

Todas las profecías están llenas de magníficas imágenes bajo las cuales el Espíritu Santo nos representa á María. Ella es el vástago precioso del tronco de Jessé, del que nace el Mesías, como una divina flor: *Flos de radice ejus ascendet* (ISA., XI, 1); tierra de bendición sobre la que cae el rocío del cielo, y donde germina el Salvador: *Terra... germinet Salvatorem* (ISA., XLV, 8); ella es la casta y única esposa objeto del inefable amor de su Dios: *Soror mea sponsa* (CANT., IV, 9); gloriosa Reina que los ángeles contemplan con arrobamiento, sentada á la derecha de su Hijo á quien adoran: *Astitit regina à dextris tuis* (PS. XLIV, 10).

Pero dejando aparte las figuras y las profecías antiguas, veamos si el Evangelio nos da ideas menos sublimes de esta Virgen. ¡Ah! leedle, H. M., y decidme qué debemos pensar de una mujer mortal á la que el Dios del Universo envía de lo alto de los Cielos una embajada solemne: *Missus est Angelus Gabriel à Deo... ad Virginem* (LUC., I, 26, 27); de una mortal á quien el celestial mensajero se acerca con respeto y contempla con admiración, inclinándose ante ella y diciéndola: «Yo os saludo, oh llena de gracia:» *Ave, gratia plena*; en quien reside el Dios de majestad: *Dominus tecum*, y á quien El ha elegido entre todas las hijas de Adán para ser objeto de sus más especiales bendiciones: *Benedicta tu in mulieribus* (LUC., I, 28). ¡Qué elogio en boca de un Angel! ¿Qué pensar de una mortal que, por la virtud del Altísimo, de que se halla investida, y por la obra omnipotente del Espíritu Santo que está en ella, concibe el Verbo encarnado en sus castas entrañas, y da á luz al Hijo del Eterno convertido en propio Hijo suyo? *Quod nascetur ex te... vocabitur Filius Dei?* (LUC., I, 35). ¡Oh misterio incomprensible! ¡Oh dignidad sin ejemplo de María! Prosigamos. ¿Qué leéis además? Que al sonido de su voz: *ut facta est vox... in auribus meis* (LUC., I, 44), el espíritu de Dios se derrama como un torrente al rededor de ella, llena á Isabel de la luz de los Profetas, y, comunicándose al hijo mismo que ésta lleva en su seno, le hace saltar con divina alegría: *Exultavit in gaudio infans in utero*

meo. (LUC., I, 44). ¿Quién oyó hablar jamás de semejantes prodigios? Pero lo que no me parece menos notable, es el testimonio que de sí misma da aquella Virgen tan humilde, cuando, en los trasportes de su reconocimiento, exclama que el Señor ha hecho en ella cosas grandes y maravillosas: *fecit mihi magna qui potens est* (LUC., I, 49); que por la magnificencia de sus promesas se ha dignado desde el origen de los siglos presentarla á la fe y á los respetos de los Patriarcas y de los antiguos justos: *Sicut locutus est ad patres nostros* (LUC., I, 55); y que ahora, por el exceso de sus favores, la presenta á los homenajes de todas las generaciones del porvenir, que no cesarán jamás de aclamarla bienaventurada: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. (LUC., I, 48). Hé aquí, H. M., solamente una parte del cuadro que nos ofrece el Evangelio. ¿Es ésto economizar las grandezas de María?

Pero á lo dicho se objeta, que los Apóstoles han afectado silencio respecto de la Virgen en su predicación. ¡Cómo! Mientras que los Evangelistas publicaban tantas maravillas de ella, ¿se habrían impuesto como ley los Apóstoles el no nombrarla? ¿Quién podría admitir una contradicción tan extraña? Pero ¿se trata aquí de razonamientos y de conjeturas? ¿No tenemos en las manos el monumento más auténtico de la enseñanza de los Apóstoles, el Símbolo de la Fe que ellos mismos redactaron, que lleva todavía su nombre y que nosotros recitamos todos los días? En esta corta exposición de los puntos fundamentales del cristianismo no han podido decirlo todo; más de un gran misterio, más de un dogma importante han quedado omitidos; pero ¿sucede lo mismo con María y sus augustas prerogativas? ¿No ha podido ser colocada en el Símbolo de los Apóstoles? ¡Oh! Admirad, H. M., el lugar distinguido que en él ocupa. Su nombre se halla allí mezclado con los adorables nombres de las Tres Divinas Personas; aparece entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no como extraño en medio de ellos, sino como unido por la más estrecha y más indisoluble alianza, en calidad de Hija, de Esposa y de Madre. Si acaso os parece exagerado lo que digo, juzgad vosotros mismos, y pesad por una vez atentamente esas palabras que acaso habéis repetido mil veces sin reflexión: «Creo en Jesucristo nuestro Señor, Hijo único de Dios Padre Omnipotente, concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María.» Es decir, creo en Dios, engendrado de Dios y dado á luz por María, Hijo único del Altísimo y verdadero Hijo de María; consustancial al Padre Eterno y formado de la sustancia de María; concebido del Espíritu Divino; concebido y nacido de María. ¡Oh lazos, oh relaciones inefables! ¡Oh prodigiosa afinidad de una pura criatura con el Criador! ¡Oh elevación ante la que desaparece toda la grandeza de los bienaventurados y de los mismos ángeles! Un Dios en tres Personas; un Dios-Hombre y María Madre suya, ahí tenéis casi todo el Símbolo; éso es lo que enseñaban los Apóstoles y lo que explicaban en su divina predicación. Ahora bien, H. M., ésto no es solamente alabar y honrar á María, no es solamente proponerla á la más profunda veneración de los fieles, sino elevarla sobre todo honor, sobre toda

alabanza, sobra todo pensamiento; y no temo decir que, después de estas dos palabras de la sagrada fórmula de nuestra fe, todos los esfuerzos de la elocuencia humana para enaltecer á esta incomparable Virgen, todos nuestros elogios y nuestros panegíricos con su pretendida exageración, no son sino el débil lenguaje de una admiración impotente que jamás podría llegar á la altura á que María se halla colocada.

Pero se nos dice también: la Iglesia de los primeros siglos ¿no usó de sobriedad y cautela en los homenajes que tributaba á María, por temor de que, en aquellos tiempos en que todavía se hallaban los espíritus imbuidos en las supersticiones paganas, no se viniese á confundir una creación tan privilegiada y tan santa con la misma Divinidad? Aun cuando fuera así, M. A. H.; aun cuando se concediera que tal precaución fuese entonces necesaria, ¿no habría que confesar que cesó bien pronto, tan luego como el paganismo y sus errores desaparecieron ante la luz del Evangelio? ¿Pero es cierto que la Iglesia, aún en su origen, haya sido tan cauta, como se pretende, en los testimonios de su piedad hacia la Madre de Dios? Para contestar á esta pregunta, hagamos hablar los hechos; y como la brevedad de un discurso no permite referirlos todos, elijamos en la historia de los tiempos remotos algún hecho notable por el que pueda juzgarse de todos los demás, que reuna, por decirlo así, en un solo punto toda la tradición primitiva, y nos muestre á un solo golpe de vista, cuáles fueron desde un principio, con relación á la bienaventurada Virgen y á su culto, los sentimientos del clero y de los pueblos del Oriente y del Occidente, de los Pastores, de los Doctores, de los Soberanos Pontífices y de los Concilios. Escuchad:

Acababa de terminar el siglo IV: Nestorio había subido á la Silla de Constantinopla, y no siendo todavía sospechosa su fe, gobernaba en paz aquel numerosísimo rebaño que los Gregorios de Nazianzo y los Crisóstomos habían alimentado con la leche de la más sana doctrina. Repentinamente el heresiarca, oculto hasta entonces bajo la piel de oveja, se descubre desde lo alto de su cátedra episcopal, y, en el templo del Señor, deja oír estas extrañas palabras: «No digamos que María sea Madre de Dios, no sea que parezca que hacemos de esta Virgen una diosa: *Ne faciat Virginem deam* (Nestor., *Serm. v, ap. Mercat.*, p. 30), ó que nos asemejemos á los paganos que dan madres á sus dioses: *Ergo excusabilis gentilitas matres diis sub intro Lucens.*» (Nestor., *Serm. I, p. 5.*) Al escuchar estas palabras, el auditorio fiel, á quien no podía engañar la hipocresía de este lenguaje, prorumpió en murmullos; una voz valerosa acusa en alto de blasfemo al impío obispo; los sacerdotes y el pueblo salen en tropel del lugar santo, y el ganado abandona á su pastor; Constantinopla se halla en turbación y alarma como en las calamidades públicas. Bien pronto, divulgándose lejos el rumor del ultraje hecho á María, todo el mundo cristiano se estremece: el Africa, con el gran Cirilo de Alejandría, da un grito de indignación; el Asia y la Europa responden, y el Santo Papa Celes-